

JOSÉ MANUEL BLECUA TEIJEIRO
(Alcolea de Cinca 1913-Barcelona 2003)

Hace muchos años descubrí en un aula del patio de Letras de la Universidad de Barcelona que la palabra basta para desempeñar el papel de profesor en este gran teatro del mundo, que no hace falta vestir toga; ahora bien, esa palabra ha de desprender autoridad, belleza, sabiduría, sensibilidad y, sobre todo, ha de ser seductora para atraer al público, a los alumnos, para hacer que suspendan temporalmente sus excursiones aéreas por el limbo de lo soñado, de lo imaginado, y queden prendidos de lo que se le está diciendo. Esa experiencia inolvidable la

compartí con generaciones de alumnos de Filosofía y Letras —así se llamaban antes los *studia humanitatis*—; oímos torrentes de versos armoniosos, glosados admirablemente, recibimos sencillas lecciones —es tan difícil lo sencillo— de historia de la literatura, hasta tal punto que se nos hizo familiar Garcilaso y contemporáneo Aldana y pudimos admirar a Quevedo y Góngora porque descubríamos su artificio, entendíamos su exquisito arte y alcanzábamos el placer que se saborea al descifrar la dificultad. Y aprendimos a oír a Machado y a Unamuno y a Guillén y a hacernos nuestro a Salinas. Descubrimos el territorio riquísimo de la poesía y pudimos acceder ya para siempre a esa experiencia inagotable que es su lectura: «Si los delfines mueren de amores, / ¡triste de mí!, ¿qué harán los hombres / que tienen tiernos los corazones? / ¡Triste de mí! ¿Qué harán los hombres?». Ese prestidigitador que sacaba de los libros un mundo insospechado, infinito, maravilloso, se llamaba José Manuel Blecua Teijeiro; en realidad «Blecua» a secas, como a él le gustaba llamarse en su mundo de silencio.

1. LA LECTURA DE LA OBRA LITERARIA

La vivencia de su magisterio fue un privilegio de sus alumnos. Pero sólo esboza trazos de esa figura de la galería de maestros inmortales que convierten a la Universidad de Barcelona en un referente para todo estudioso. El sentimiento de pérdida que tuvimos sus antiguos alumnos al oírle la última clase, su despedida de las aulas, los versos tan admirados de Aldana con sus acentos en su sitio en su voz hondamente grave «En fin, en fin, tras tanto andar muriendo, / tras tanto variar vida y destino», intentamos paliarlo con la compañía de sus libros. Sin ruido, sin levantar estandartes, sin pregonarlo, había sido uno de los pioneros que en el siglo xx cambió la enseñanza de la literatura al poner en primer plano la lectura de la obra literaria. No en vano uno de sus manuales se llamó «Historia y Textos»; siempre contaba que su primer profesor de literatura entró en clase, abrió un texto al uso de historia literaria y empezó a leer; cuando acabó la hora, marcó con una cruz el lugar en donde se había quedado y se fue satisfecho de la tarea incumplida. Blecua sonreía y, con la rotundidad que a veces le salía del alma, afirmaba cómo no volvió más a esa clase: él también podía leer el manual en su casa, ¡no iba a perder el tiempo! Él siempre se consideró trapero de ese bien tan preciado: su obsesión era aprovecharlo.

Blecua, que fue tan espléndido intermediario entre el texto y el lector, tuvo exquisito cuidado de trazar por escrito puentes comprensibles, razonables, claros, para uso de alumnos y profesores. Pero no quitó el río, sólo hizo asequibles su orillas: el texto siempre fue el protagonista de sus libros «de texto». Su labor como historiador quiso ocupar humildemente un segundo plano; establecía el marco para que la realidad literaria pudiera verse, entenderse; nunca la oscurecía ni pretendía colocarse en vez de ella. La interpretación era para él espejo de alinde, no cristal de colores tornasolados que modificaran el sentido de lo escrito.

Su pasión por el texto le llevó a ser un lector infatigable, y sus lecturas se asentaban sobre el terreno firme de su prodigiosa memoria. Si se añade su extraordinaria sensibilidad, esa cualidad que permite distinguir entre lo bello y lo que no lo es tanto, que da matices al acierto lírico, se comprende cómo dominó un arte difícilísimo: el de la antología lírica. Desde muy joven, seleccionó maravillosos poemas que cantaban los pájaros (1943), las flores (1944), el mar (1945), y recopiló, junto a Dámaso Alonso, la primera antología del siglo xx de *Lírica de tipo tradicional* (1955); fue pionero ¡en tantas cosas!

Animo a hacer una sencilla prueba: escoger los dos poemas que puedan considerarse más bellos de un poeta. La labor lleva mucho tiempo; pacientemente se consigue llegar a media docena, luego se van eliminando los demás con muchas dudas hasta llegar al par ansiado. Se con-

sulta luego la *Floresta de lírica española* (1957) y se descubre con asombro que son precisamente los seleccionados por José Manuel Blecua; sólo que junto a ellos hay otro, espléndido, que había sido invisible para el cuidadoso lector. García Márquez decía que él había leído la *Floresta* con la pasión con que se lee una novela policíaca; y la prueba es que el lema de *Crónica de una muerte anunciada* lo forman unos versos de Gil Vicente, de caza de altanería, que Blecua puso en su espléndida antología. En el limbo lírico, los poetas segundones se peleaban para que el Maestro escogiera algún poema suyo; sabían muy bien que ese era el único camino posible para ellos hacia su dudosa inmortalidad. Y también aquellos que aún tenían el privilegio de seguir escribiendo poemas le mandaban sus libros, querían conseguir ese puesto ansiado entre los demás; siempre lograban, al menos, juicios bondadosos o prólogos en los que la prosa escueta del fino lector sabía destacar el acierto.

2. LA EDICIÓN DEL TEXTO

Días, meses de lectura sin pausa en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional convirtieron sus libretas en un fichero personal abierto a todos. ¡Cuántas tesis no salieron de esas notas! En 1948 al editar su magnífico hallazgo, las *Rimas inéditas* de Fernando de Herrera, decía: «De la espléndida colección de manuscritos poéticos que atesora nuestra Biblioteca Nacional de Madrid, estudiamos hoy el 10.159, cuya importancia para las futuras ediciones de Herrera, Arguijo y Rioja es considerable, sobre todo para la del enamorado cantor de doña Leonor de Milán, de quien se llegan a copiar más de cuarenta inéditos y otras tantas versiones distintas de las conocidas». Y en seguida añadía: «Confieso que no me corresponde la prioridad del descubrimiento. Fue el gran Bartolomé Gallardo quien primero le lanzó su mirada de águila, copiando un índice de primeros versos» (1948: 7). Blecua había heredado del gran Gallardo su pasión por los libros, su curiosidad y esa mirada. Su humildad le llevaba a recordar ese índice al ofrecer su hallazgo, los más de cuarenta inéditos del gran poeta sevillano. Fue tal vez el fruto más espectacular de esa paciente búsqueda de años en los manuscritos sin catalogar que el ordenanza, seducido y admirado por ese investigador tan elegante, tan amable y tan trabajador, le llevaba de diez en diez. Y adquirió además una obligación con el gran Herrera: editar su *Obra poética* (1975). Su fino olfato de catador de lírica le llevó a añadir a esa impecable edición una inteligente hipótesis: Pacheco, el editor del volumen de *Versos*, publicados en 1619, con aprobaciones de 1617, veinte años después de la muerte de Herrera, había retocado a su gusto el texto. Su argumentación no tiene fisuras aunque duela mucho a los investigadores saber que no pisan terreno firme cuando trabajan sobre esos *Versos* ¿Cuánto hay en ellos de Pacheco? El mismo Blecua había afirmado que «la historia de la transmisión de los textos literarios españoles es sencillamente fascinante» (1977:11) precisamente por los problemas que plantea. Y ese adjetivo «fascinante» es muy significativo porque indica el talento del investigador ante su trabajo: su entusiasmo lo ofrecía como herencia a sus alumnos y lo proyectaba a su intensa labor de edición e interpretación de textos.

Empezó a editar textos ¡en 1938!: en ese año aparece su edición del *Libro infinito* y del *Tratado de la Asunción de la Virgen* de don Juan Manuel, y al siguiente, en 1939, una selección, con estudio y notas, de *Poesía lírica* de Lope de Vega, con la que iniciaba la zaragozana Biblioteca Clásica Ebro, que él fundó. En plena guerra, leía la *Poesía* de Góngora, que saldría impresa en la misma colección en ese mismo año de 1939, porque sólo la dificultad gongorina tenía la fuerza suficiente para exigirle toda la atención y borrar a ratos el horror de las calles. Muchos años después, en 1990, publicaba la modélica edición de la *Poesía completa* de fray Luis de León, y en 1994 «la traducción literal y declaración» del propio fray Luis del

Cantar de cantares de Salomón. ¡Más de cincuenta años editando textos con un rigor y una pulcritud modélica! El profesor Blecua puso al alcance de todos una cantidad impresionante de textos en sus ediciones escolares, hechas con el rigor y la sensibilidad que lo caracterizaban; basta enumerar unos cuantos para ver su competencia, sus lecturas, sus conocimientos, su afán de divulgar los textos: una antología de la *Poesía romántica* (1940), las *Generaciones y semblanzas* de F. Pérez de Guzmán (1940), *El caballero de Olmedo* de Lope de Vega (1941), la *Poesía* de Garcilaso (1941), *El laberinto de Fortuna* o *Las Trescientas* de Juan de Mena (1943), *Peribáñez y El Comendador de Ocaña* de Lope de Vega (1944), los *Pasos* de Lope de Rueda (1945), los *Entremeses* de Quiñones de Benavente (1945), las *Poesías completas y otras páginas* de san Juan de la Cruz (1946), una selección de *Escritores costumbristas* (1947); todo ello antes de editar ese volumen de *Rimas inéditas* de Fernando de Herrera (1948), que daba a conocer tantos poemas inéditos del sevillano. Y siguieron las *Rimas* de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola (1950 y 1951), el *Laberinto amoroso de los mejores y más nuevos romances...* de Juan de Chen (1953), las *Lágrimas de Hieremías castellanas* de Quevedo (1953), *La Dorotea* de Lope de Vega (1955), *La soledad* y *Colección de cantares* de Augusto Ferrán (1955), el mismo año que la espléndida antología de lírica tradicional; dos años después, aparecería la ya citada *Floresta de lírica española*, un clásico para todos los estudiosos de la poesía y un recuerdo de la mitología personal de todos sus alumnos. Llevaba un montón de ejemplares a clase para que tuvieran delante el texto que leía y comentaba; así los poemas existían doblemente, en su voz y enmarcados por el blanco de la página. Quedaron de esta manera rescatados del olvido versos ocultos, como «Yo fundo en el arena, abrazo el viento, / escribo en agua...», «No sé cómo ni cuándo ni qué cosa / sentí que me llenaba de dulzura», «Hambriento desear, dulce apetito, / hambriento apetecer, dulce deseo»...

Su labor de editor tuvo otra faceta: la de cuidadoso restaurador del texto, la de intentar devolver al estado primitivo muchas obras cotejando todos los manuscritos e impresos de su transmisión a lo largo de los siglos. No hay más que hojear su edición de la *Obra poética* de Quevedo (1969-1981), la de las *Obras completas* de don Juan Manuel (1981-1983) o la ya citada de la *Poesía completa* de fray Luis, para intuir el inmenso trabajo que supone la localización de textos, el cotejo minucioso, el montaje del aparato crítico. Contemplar esa admirable tarea es un espectáculo que maravilla, es un ejemplo que estimula; es ver de lo que es capaz un investigador nato, tenaz, inteligente, sensible, inmensamente trabajador, que era un avaro del momento, pero también un «cazador de crepúsculos», como le gustaba presumir. Incansable, aprovechaba el instante; siempre tenía una edición en el telar, un artículo que escribir y miles de ideas para seguir investigando; pero también era un fotógrafo espléndido: las nubes eran su diana favorita y, cuando el sol declinaba, conseguía espectaculares piezas en su caza de luces.

Al modo de los clásicos, hizo una edición crítica en 1970 del *Cántico [1936]* de Jorge Guillén, tan asombrosa y modélica como la de Quevedo, la de los Argensola, la de don Juan Manuel, la de fray Luis, insuperables en su perfecta construcción; el nombre de Blecua irá para siempre unido a esos escritores tan suyos. Hay que partir de sus ediciones para cualquier investigación, para cualquier nuevo trabajo sobre esos escritores. Es otro de sus riquísimos legados; es una herencia que reciben los estudiosos, los lectores y, sobre todo, los poetas, los escritores. Estoy segura de que en la sombra intentaban hacerse idea en la mente del investigador para que se ocupara de sus obras. ¡Qué suerte tuvo don Juan Manuel! Por fin su obsesión por su obra tuvo su premio, la había depositado en el monasterio de Peñafiel, pero no consiguió protegerla; Blecua le dedicó años de su vida para conseguir una edición modélica y le dio en Gredos el refugio protector que su autor había equivocado. ¡Qué admirables son los tres tomos de la *Obra poética* de don Francisco de Quevedo! ¡Tal editor para tal poeta!

3. LECCIONES SENCILLAS

Blecua siempre repetía, con la alegría con que se tomaba a sí mismo el pelo, lo que le dijo un militar que fue a escucharle una conferencia: «Ha estado Vd. muy bien, pero se nota que no es un orador». Nada tenía, en efecto, de engolado al uso de conferenciantes pomposos; y él añadía a la anécdota la afirmación de que tampoco era escritor porque no le salía la retórica. Su estilo está alejado de pompas y vanidades, habla con claridad y sencillez, tiene la enorme virtud de presentar tan diáfano lo que quiere decir que el lector se apropia en seguida de la idea y le parece suya por obvia. Las grandes lecciones son las sencillas; no era escritor para cita de adorno, lo era para esencias, para tuétanos.

Escribió ensayos de lectura obligada aún como el que en 1945 publica sobre el estilo de *El Criticón* de Gracián o el de 1947 sobre la poesía lírica de Cervantes; y hay algunos humildemente magistrales. Aparentan ser apuntes y son en realidad claves de lectura; lo son las cinco páginas de «Mudarra y la poesía del Renacimiento: una lección sencilla». A partir de la compilación del vihuelista Alonso Mudarra *Tres libros de música en cifra* (Sevilla, 1546), hace un «cuadro sinóptico *ad usum delphinis*, como hubiera recomendado Octavio de Romeu, el alter ego de Eugenio d'Ors» de la poesía de la Edad de Oro. Tras esa luminosa síntesis en que nos apoyamos todos los profesores de la lírica áurea, viene el cierre del artículo, con un estilo totalmente blecuístico: «Creo que la explicación no puede ser más simple y clara. Y por más vueltas que se le dé o se añadan cientos de referencias, no se alterará demasiado ese cuadro» (1977: 55-56). Y así es.

Lo mismo ocurre con su introducción a la lírica de tipo tradicional en la *Antología de la poesía española*: es un ensayo espléndido, nítido, una aguja indispensable aún —y siempre— para navegar por esas bellísimas aguas, que él saboreaba en su lectura en clase con tanto placer: «Halcón que se atreve / con garza guerrera, / peligros espera». El se atrevió con esa garza de vuelo altísimo que es la creación poética anónima, tradicional, y organizó su asedio; es una labor de estrategia insuperable. Y al analizar la técnica del canto coral del «¡Eya, velar!» llega hasta «¡Bañado del Paraná!» de Rafael Alberti, porque Blecua iba de las jarchas hasta la poesía más contemporánea.

Su ensayo sobre la í punzante del soneto de Góngora «Prisión del nácar era articulado» (1973: 52-61) habla de las «obsesivas repeticiones del sonido más hiriente de la lengua española, cuya finalidad es poner en concordancia magistral los fenómenos visuales y auditivos de las *íes* y el pinchazo de la aguja». Demuestra lo que, después de leído su artículo, no puede dejar de oírse, de verse: cómo Góngora describe con sonidos. Y al final de su espléndido análisis, se oye al maestro Blecua decir un «aunque bien puedo estar equivocado», que es trazo de su talento, de su investigar sin imponer dogma alguno, de su sugerir, de su desvelar misterios estéticos sin voz de profeta ni de descubridor. Sin estandartes de «yo digo», sin sellos de autenticidad obligada. Humildemente. Sencillamente.

«Sobre el rigor poético en España» es otra de sus inmensas lecciones que da de puntillas, con voz baja, con lenguaje de todos los días, aunque suene a domingo engalanado el hallazgo luminoso que ofrece. Cuenta cómo Herrera manda al impresor de las *Anotaciones*, Alonso de la Barrera, que imprima *íes* sin punto arriba —¡cuántas modestas *íes* puso sobre los puntos Blecua!— y acaba hablando de tres grandes poetas «insatisfechos» y «obsesionados por su quehacer poético»: Riba, Carner y Juan Ramón. Cierra esta vez su estudio subrayando «la lección de rigor que se desprende de la obra de un fray Luis de León, Góngora, Quevedo, Maragall, Carner, Juan Ramón, Jorge Guillén o Espriu, cimas de una poesía no sólo española, sino europea» [1977: 42].

4. FILÓLOGO Y PROFESOR

José Manuel Blecua Teijeiro es uno de los grandes filólogos del siglo xx. Profesor entusiasta, investigador infatigable, editor rigurosísimo, ensayista lúcido, vivió su labor docente e investigadora como oficio placentero y lo hizo con apasionado convencimiento. Su nombre siempre irá unido al de la Universidad de Barcelona, en cuyo patio de Letras los alumnos escucharon, entusiasmados, año tras año, su palabra. Vivía en conversación con los difuntos, como decía su admirado Quevedo, escuchando con sus ojos a los muertos, «con pocos, pero doctos libros juntos»; pero también transmitía el saber aprendido en ellos, su alegría vital, su pasión por la obra literaria. Los que le conocieron dan fe de ello. Sus exquisitos ensayos, sus rigurosas ediciones seguirán siendo lectura obligada de generaciones de estudiosos.

Rosa NAVARRO DURÁN
Universidad de Barcelona

BIBLIOGRAFIA CITADA

BLECUA, José Manuel

- (1938): Don Juan Manuel: *Libro infnido. Tratado de la Asunción de la Virgen* (edición). Universidad, nº 15. Zaragoza, p. 3-28 y 165-205.
- (1939): Lope de Vega: *Poesía lírica* (selección, estudio y notas). Zaragoza: Bibl. Clásica Ebro.
- (1939): Góngora: *Poesía* (selección, estudio y notas). Zaragoza: Bibl. Clásica Ebro.
- (1940): F. Pérez de Guzmán: *Generaciones y semblanzas* (selección, estudio y notas). Zaragoza: Bibl. Clásica Ebro.
- (1941): Lope de Vega: *El caballero de Olmedo* (edición, estudio y notas). Zaragoza: Bibl. Clásica Ebro.
- (1943): *Los pájaros en la poesía española* (selección y prólogo). Madrid: Edit. Hispánica.
- (1943): Juan de Mena: *El laberinto de Fortuna o Las Trescientas* (edición, prólogo y notas). Madrid: Clásicos Castellanos.
- (1944): Lope de Vega: *Peribáñez y el Comendador de Ocaña* (edición, prólogo y notas). Zaragoza: Bibl. Clásica Ebro.
- (1944): *Las flores en la poesía española* (selección y prólogo). Madrid: Edit. Hispánica.
- (1945): Lope de Rueda: *Pasos* (edición, prólogo y notas). Zaragoza: Bibl. Clásica Ebro.
- (1945): *El mar en la poesía española* (selección y carta de navegar). Madrid: Edit. Hispánica.
- (1945): L. Quiñones de Benavente: *Entremeses* (edición, estudio y notas). Zaragoza: Bibl. Clásica Ebro.
- (1945): *Cancionero de 1628* (edición y estudio). Madrid: CSIC. Anejo 32 de la RFE.
- (1945): «El estilo de *El Criticón* de Gracián». *Archivo de Filología Aragonesa*, I, p. 7-32.
- (1946): Juan de la Cruz: *Poesías completas y otras páginas* (selección, estudio y notas). Zaragoza: Bibl. Clásica Ebro.
- (1947): *Escritores costumbristas* (selección, estudio y notas). Zaragoza: Bibl. Clásica Ebro.
- (1947): «La poesía lírica de Cervantes». *Cuadernos de «Ínsula»*, I. Madrid, p. 151-187. [Con el seudónimo de Joseph Claube].
- (1948): Fernando de Herrera: *Rimas inéditas*. Madrid: CSIC. Anejo 39 de la RFE.
- (1950-1951): *Rimas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola* (edición, prólogo y notas). Zaragoza: Institución «Fernando el Católico».

- (1952): *Historia y textos de la literatura española*. Zaragoza: Librería General.
- (1953): *Laberinto amoroso de los mejores, y mas nuevos Romances, que hasta agora an salido a luz. Con las mas curiosas Letrillas de quantas se han cantado. Sacados de los propios originales por el Licenciado Juan de Chen* (edición, prólogo y notas). Valencia: Castalia.
- (1953): Francisco de Quevedo: *Lágrimas de Hieremías castellanas* (edición, prólogo y notas en colaboración con Edward M. Wilson). Madrid: CSIC. Anejo 55 de la RFE.
- (1955): Lope de Vega: *La Dorotea. Acción en prosa* (edición, prólogo y notas). Madrid: Revista de Occidente.
- (1955): Augusto Ferrán: *La soledad. Colección de cantares* (edición y prólogo). Santander.
- (1955): *Antología de la poesía española. Lírica de tipo tradicional* (edición y prólogo en colaboración con Dámaso Alonso). Madrid: Gredos.
- (1957): *Floresta de lírica española*. Madrid: Gredos.
- (1969): *Sobre el rigor poético en España* (discurso de ingreso en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona).
- (1969-1981): Francisco de Quevedo: *Obra poética*. Madrid: Castalia. 4 vols.
- (1970): Jorge Guillén: *Cántico [1936]* (edición crítica, prólogo y notas). Barcelona: Labor.
- (1972): «Mudarra y la poesía del Renacimiento: una lección sencilla». *Studia Hispanica in honorem R. Lapesa*. Madrid: Gredos, p. 173-179.
- (1973): «Un soneto de Góngora». *El comentario de textos*. Madrid: Castalia, p. 52-61.
- (1975): Fernando de Herrera: *Obra poética* (edición crítica). Madrid: Anejo XXXII del *Boletín de la Real Academia Española*. 2 vols.
- (1977): *Sobre el rigor poético en España, y otros ensayos*. Barcelona: Ariel.
- (1981-1983): Don Juan Manuel: *Obras completas*. Madrid: Gredos.
- (1990): Fray Luis de León: *Poesía completa* (edición). Madrid: Gredos.
- (1994): Fray Luis de León: *Cantar de cantares de Salomón* (edición). Madrid: Gredos.

Curriculum Vitae de José Manuel Blecua Tejeiro

Nacimiento: fecha, provincia y localidad: 10/1/13, Huesca-Alcolea de Cinca.

Títulos académicos:

Licenciado en Filosofía y Letras (Universidad de Zaragoza) Premio Extraordinario 1933.
 Doctor en Filosofía y Letras (Universidad de Madrid) Premio Extraordinario 1944.
 Licenciado en Derecho (Universidad de Zaragoza) 1933.

Docencia:

Cátedra de Historia de la Lengua y de la Literatura Española con dedicación exclusiva en los Institutos de Cuevas del Almanzora (1934-1936), *Goya* de Zaragoza (1938-1959), y *Menéndez Pelayo* de Barcelona (1959-1964) 1933.

Catedrático de Historia de la Lengua y de la Literatura Española de la Universidad de Barcelona (1959-1983).

Jubilación en 1983.

Profesor Emérito desde 1983 hasta 1990.

Cursos y seminarios:

- Cursos sobre poesía contemporánea en los Cursos de Verano para extranjeros en Jaca.
- Cursos sobre la poesía del Renacimiento y del Barroco en Ofines. Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- Curso sobre la poesía de Quevedo en la Universidad de Ohio (1954).
- Curso sobre la poesía española en el Middlebury College, Vermont, U. S. A. (1954).

Premios:

- Premio «Aragón» de la Diputación General de Aragón por la tarea desarrollada a lo largo de la vida académica e investigadora.

Otros méritos docentes:

- Doctor «Honoris Causa» por la Universidad de Montpellier.
- Doctor «Honoris Causa» por la Universidad de Zaragoza.

Otros méritos:

- Académico de Honor de la Real Academia Española de la Lengua.
 - Académico de número de la Academia de Bones Lletres de Barcelona.
 - Miembro de la Hispanic Society of America de Nueva York.
- Hay un Instituto de Bachillerato en Zaragoza que lleva su nombre y también el colegio nacional de Alcolea de Cinca.